



Francisco Calvo Serraller

“A la sombra del arte. El tesoro de la curiosidad”

Premios Arte y Mecenazgo 2016

Buenas tardes queridos amigos. Es para mí un honor y un placer pronunciar esta charla de inauguración de esta 6ª edición de los Premios Arte y Mecenazgo. Y en primer lugar quiero agradecer a la Fundación “la Caixa” su apoyo para que este proyecto se pueda realizar y por supuesto evocar la figura irreplicable del que había sido el alma de esta Fundación, Leopoldo Rodés, que dentro de muy pocos días será el primer aniversario de su muerte. La figura de Leopoldo está en mi presente (y supongo que también en todos ustedes) porque su generosidad, su gallardía, su simpatía, su inquietud, su amor por el arte (manifestado de formas muy diversas, activas y pasivas) lo hacían digno autor de este proyecto, en el que vamos a intentar no su traicionar su luminosa senda.

Precisamente en esta charla, cuando Mercedes Basso, que también es una dinámica fuerza que ha hecho posible todo este proyecto, me invitó a participar y le propuse así a bote pronto el título “A la sombra del arte”, noté en ella una cierta aprensión, razonable porque “la sombra” tiene algunas connotaciones que pueden interpretarse como negativas; el término castellano “sombrió” podría dar un aire como triste. Sin embargo hay muchas razones que acreditan el sentido y la fuerza e incluso también poder de la “sombra”. Etimológicamente viene del latín *umbra*, del cual salen varios términos en castellano. Uno muy singular del cual no conozco traducción en otra lengua, que es el término “umbral”, significa traspasar una puerta que te acoge y transforma. En cierta manera el arte es un refugio, algo que de repente también cuando lo atraviesas transforma tu modo de ser, de pensar y de sentir. Por otra parte, dice el refrán que “Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”. En esta época que ya empieza a apretar el calor estival y su luz deslumbrante comprendemos un poco la importancia de lo que tiene refugiarse a la sombra de la luz para que no nos deslumbre y nos acalore demasiado.

De manera que la sombra es indisociable de la luz, es una especie de contraluz que incluso da sentido a todos los valores positivos de la luz. En ese ámbito, que atravesando el umbral diríamos que nos lleva a ese refugio de arte, yo creo que como definición, que es muy difícil (todos los intentos que se han hecho, aparte de los clásicos, han fallado, y han fallado precisamente porque es quizá una de las prácticas más refractarias a un aclarado total, transparencia absoluta), la pensadora alemana y estadounidense Hanna Arendt tiene una definición del arte que me gusta particularmente aunque, como lo de la “sombra”, en un principio crea, cuando lo digo ante mis alumnos, un cierto desconcierto. Lo define como un pensamiento puro. Mis alumnos lo asocian con la pureza de la Virgen y otras cosas que de repente pueden hacer sentir un cierto desconcierto o resquemor. Un pensamiento puro es un pensamiento que se hace sin ninguna necesidad de respuesta. Y las respuestas son siempre prácticas. Es decir, es un pensamiento que se interroga por el puro placer de interrogarse. Ese privilegio, este estado interrogativo que se logra además a través de los sentidos, en el que el conocimiento es filtrado por el lenguaje conceptual hablado, es un tesoro porque nos presenta



cosas indesveladas, que están a la sombra pero que sin embargo nos pertenecen, nos explican y nos justifican. Esa indagación extraordinaria que nos permite el arte, que es el preguntar por preguntar, el preguntar sin respuesta, el hilar una pregunta con otra pregunta, ese estado de exploración sería en cierta manera como la decantación de la curiosidad más profunda, el conocimiento más hondo del ser humano. De manera que no hay que mirar ese lado sombrío, a la sombra del arte, porque en cierta manera estamos recibiendo el misterio que nos acompaña en nuestra existencia, que no es solamente lo secreto o lo oculto o lo ocultado, sino que es un poco espolear nuestra curiosidad, nuestra capacidad interrogativa mucho más de todas las cosas que pueden obtener una respuesta inmediata, fácil y práctica.

Recuerdo un ensayo del pensador italiano Mario Perniola, *El arte y su sombra*, que publicó a finales del siglo pasado, en un momento que el arte había alcanzado una proyección pública desmesurada y una comercialización extrema que producía inquietud y escándalo en algunos, en el que Perniola hablaba de la importancia del legado de la sombra en el arte y lo hacía confrontando las dos opciones que hoy polemizan por encontrar un sentido a esa práctica (que en el fondo siempre resulta recóndita porque no puede nunca abarcarse conceptualmente con los conocimientos que tenemos a mano).

Y decía que existía una versión del arte actual “tradicional” en la que apostaba por los valores de la tradición, por el sentido objetual del arte, por la propia esencia del arte. Y decía Perniola que era una visión restrictiva pero que servía también como conjuro para la disipación vulgarizadora de lo artístico hoy que podría llegar a tener un peligro de vulgarizarse.

Frente a esta posición más tradicional del arte que apuesta por el objeto, por su aura, por su sentido profundo, por su intransigencia respecto a su banalización, existía otra, que hoy predomina mucho, que es la de la idea del arte como comunicación, como información, reduciendo un poco sus poderes a su característica como imagen. Evidentemente también esa postura, decía Perniola y yo lo suscribo, es muy interesante y necesaria puesto que pone énfasis respecto a que la práctica artística no es algo que se pueda desarrollar de una forma simplemente introvertida sino que necesita del contemplador, de la sociedad, de la comunicación, le es imprescindible la idea de comunidad para justificarse.

Sin embargo, como Perniola, yo estoy de acuerdo que en esta reductora oposición de versiones sobre lo artístico se acredita sin embargo el valor de la sombra por el carácter insuficiente de ambas. El arte es comunicación, el arte es algo que tiene un calado profundo y ensimismado innegable, pero el arte es algo más. Y esa sombra (término que utilizaba el gran psicólogo de la psicología profunda Carl Jung para subrayar la idea, después de Freud, de que el inconsciente no era solamente una cuestión que tuviera una resolución individual sino que tenía un carácter arquetípico y que todos arrastrábamos ciertos arquetipos de inconsciente colectivo desde la noche de los tiempos), pues esa sombra es la luz del arte, y debemos tenerla en cuenta y un poco la justificación de este título, que más que contrariar el segundo (que alivió un poco a Mercedes, “El tesoro de la curiosidad”, que es un título prestado porque es un título que dio para un maravilloso ensayo de un gran estudioso del arte del siglo XIX francés, Charles Blanc, para hacer la primera gran recopilación de lo que había sido el coleccionismo artístico, la gestión del arte, al filo del ecuador del siglo XIX, exactamente en 1857). Y en ese libro, que es un libro monumental y extraordinario que no ha perdido vigencia todavía hoy, él lo tituló *El tesoro de la curiosidad*.



Porque efectivamente la posición del creador artístico y de la persona sin la cual el creador artístico no existiría, que es el del contemplador, que también es un poco creador de la obra, están unidos bajo ese patrón de la curiosidad. La curiosidad es el amor por preguntarse, el amor por explorar, como vengo diciendo. Y en este sentido, siguiendo un punto de vista más generalista o metafísico, o filosófico del arte y las comparaciones con la sombra, a la sombra del arte estamos todos nosotros, está la comunidad que formamos de formas muy diferentes.

Es verdad que en el mundo contemporáneo nos hemos encontrado, entre otras revoluciones, con la aparición del público, que es el consumo anónimo del arte, el comercio, que a mucha gente le agita, le escandaliza. Relativamente, porque evidentemente, como decía el gran poeta Antonio Machado solo el necio confunde valor y precio, y uno no solamente no debe confundir el precio con el valor de una obra, como tampoco tiene que confundir, cuando asegura su vida, la póliza que ha pagado con el hecho de que su vida valga exactamente el valor que va a rendir a sus herederos si fallece. Pues igualmente, estas formas sociales de distribución o hacerse conocer del arte tampoco modifican nada respecto a su larguísima historia, porque la historia del arte se remonta a la noche de los tiempos, y se remonta con las mismas características que tienen hoy. Ya en el Paleolítico, el hombre, entonces incluso poco articulado, todavía en una situación trivial de manada, muy distinta a la que nosotros conocemos a partir del Neolítico y que todavía sigue vigente, que es una organización social de individuos absolutamente organizada, entonces, incluso en esta noche de los tiempos empezamos a detectar como, no solamente con el arte rupestre parietal (ahora está este maravilloso descubrimiento reciente de las cuevas de Chauvet, 33.000 años a.d.C., 15.000 años más antiguas que Altamira y que Lascaux, y sin embargo yo diría que de una perfección superior). Pues estas cuevas prehistóricas, como también otras manifestaciones precisamente que no tienen ninguna justificación práctica (como podía tener el hacha de sílex, o las flechas, etc.), acompañan al hombre desde casi establecer su identidad prehistórica.

Qué vamos a decir de la manifestación, que así ha sido muchas veces subrayado, respecto de ese museo portátil, ahora desde luego revivido, que es el tatuaje, una de las primeras manifestaciones (seguramente posterior al Paleolítico) que indican como uno puede llevar toda una serie, no solamente de amuletos y conjuros sino también de señales de reconocimiento y de poder en su propia persona, portando una serie de ornamentaciones, una caligrafía corporal. Que hoy haya retoñado semejante costumbre indica realmente su vigencia. Es decir, en un momento en el cual pensamos que hacemos cambios vertiginosos, cuando reflexionamos un poco serenamente, nos damos cuenta que en realidad los cambios son muy relativos porque generalmente el progreso siempre se sustancia (y en eso el arte es un ejemplo maravilloso) en que cada avance es siempre un retroceso, cada ganancia supone una pérdida. Pero a la sombra del arte (y a esto quiero referirme con una reflexión simplemente a modo de sugerencia) estamos todos nosotros; y en esto tiene mucha importancia esta iniciativa de la Fundación Arte y Mecenazgo. Estamos todos nosotros y hoy además es una fiesta de reconocimiento en alguno de los segmentos más cruciales en el que el arte logra una proyección comunitaria.

La gente del XIX, cuando empezó a ver (las colecciones se remontan a muy antiguo, y se habla con razón que las primeras colecciones fueron los ajuares funerarios que llevaban un poco el alma del difunto a la otra vida – hay algunos formidables en el Antiguo Egipto, pero en realidad



es una costumbre muy ancestral)... Aparte de que las colecciones puedan tener esa historia, la idea del coleccionista como lo conocemos nosotros, en realidad es una figura que aparece en nuestra época, y una figura tardíamente reconocida, a pesar de ser una figura crucial a la que le han dedicado, la gente más sensible, una atención muy especial. Ese gran estudioso del París del siglo XIX que fue el tantas veces citado pensador alemán Walter Benjamin, hablando en el París del siglo XIX comentaba que no se había hecho justicia a la figura del coleccionista porque no había aparecido durante el Romanticismo (que había hecho toda una especie de fisiología social, describiendo todos los tipos que concurren en la urbe moderna; y sin embargo no aparecía el coleccionista).

Y en realidad el primero que lo saca a la luz es un personaje que está lógicamente en el cambio del Romanticismo al Realismo, que es este gran escritor francés Honoré de Balzac, que dedica un libro monográfico a la figura del coleccionista, *El primo Pons*. Es muy interesante porque el primo Pons, que es una figura, como *La prima Bette*, que son los famosos parientes pobres, que vienen a comer los domingos y que se ven con cierta impaciencia y condescendencia, pues es un personaje que había sido un músico fracasado, un personaje con sensibilidad artística pero que en la música no había conseguido destacar, y que consoló esa inquietud artística (que guarda en su propia intimidad como un tesoro), a través de una colección de arte, una colección de pinturas, que llega a ser una colección formidable y que además se lleva a cabo siguiendo el modelo de lo que uno de los grandes coleccionistas del siglo XIX, que decía que un coleccionista tenía que tener piernas de ciervo (es decir, una gran resistencia), una estricta disciplina para comprar siempre algo que no costase no sé qué cantidad ridícula de francos y, por supuesto, una enorme e infatigable curiosidad. Pues el primo Pons hace ese recorrido, consigue una colección formidable que luego, como pasa muchas veces en los coleccionistas, él quiere donar al Louvre, aunque después los parientes que lo despreciaban empiezan a intentar sabotear esa iniciativa para sacar el rendimiento. No entendían el valor y sí el precio del arte, a diferencia de Pons.

Pero los coleccionistas que empiezan a prosperar en el mundo occidental en el ecuador del siglo XIX, como registra muy bien Balzac, son una de las especies más complejas del mundo, de la población que habita el arte. De hecho, cuando uno lee lo que los sabios eruditos escribían entonces (el propio Charles Blanc y otros que continuaron con indagaciones históricas y reflexiones sobre ese mundo que hoy para nosotros ya se ha convertido en normal pero que entonces tenía un cierto aire excepcional), distinguían muy claramente tres categorías que necesariamente podrían sumarse una a otra pero que podían también permanecer diferenciadas entre sí. Era una cosa fundamental, que llamaban "el curioso": si uno realmente no tiene curiosidad, si uno no tiene capacidad de interrogación, si uno no tiene capacidad de insatisfacción para no quedarse con ninguna respuesta... si no se es curioso, no hay nada que hacer. Entonces una condición fundamental es ser curioso. El curioso puede llegar a ser amateur, puede ser un amator, un amante del arte y entonces sube un peldaño y el amante del arte puede desarrollar su pasión sin restricciones. Y en último lugar, sin tener que ser necesario que las tres cosas se subroguen aunque puedan hacerlo, está el coleccionista, que tiene otros tormentos distintos, porque los dos estados anteriores que son más adánicos (la curiosidad por sí misma o el amor por algo). Sin embargo el coleccionista es un personaje que



puede resultar positivamente maniático, está lleno también de muchas más ansiedades e incertidumbres.

Esa diferenciación, que hoy quizá no matizamos lo suficiente, quizá porque estamos reduciendo todo al mercado, la colección, la moda, etc., es bueno también refrescarla. [...] El arte tiene algo de intempestivo. Muchas veces, el acierto consiste en fijarse en lo que los demás no se fijan en ese momento concreto. Decía (y me gusta repetirlo) ese gran artista del siglo XX Giacometti, cuando le preguntaban respecto a su insatisfacción en relación con el aprecio de la sociedad que le tocó vivir, decía: "A mí realmente me dan igual el aprecio y la fama que pueda tener porque yo jamás he hecho arte para mis contemporáneos. Yo he hecho arte siempre para la gran población de los muertos". Esto puede resultar muy siniestro pero se estaba refiriendo a algo tan especial como que el verdadero artista crea para, efectivamente, la gran población de los que han sido, pero también para los que no han nacido, y para los que van a morir. Es decir, es una forma maravillosa de decir que un artista no puede fijarse en el restrictivo canon de la actualidad. El coleccionista, el curioso y el amante de arte tampoco.

Todas estas cosas, como muchas otras, salen de la sombría chistera del arte, que es sombría pero también saca muchas luces o contraluces privilegiadas.

Quiero decir, y con ello termino, que en relación con lo que está a la asombra del arte, aparte de la figura (el interlocutor básico) que es el contemplador, sin el cual la obra del arte nunca existiría, porque lógicamente se escribe, se crea, se habla siempre a alguien, incluso cuando ese alguien no está presente pero uno se lo imagina y entonces le da una fuerza de presencia. Pero muy en relación con lo que trata esta estupenda Fundación Arte y Mecenazgo, quiero decir que frente al mecenazgo social, (que se basa en una virtud muy noble que es la caridad, que en el sentido griego significa también el amor a los demás, la solidaridad si se quiere. Es decir, el amor hacia los desesperados materialmente), el arte tiene una función complementaria, muy interesante, que es auxiliar a los pobres de espíritu, abriéndoles un poco ese horizonte, que miren un poco más allá de aquellos agobios que puntualmente sienten. Ese es el gran sortilegio. Y eso explica por qué, con todas las variaciones, desde allá donde alcanza nuestra mirada en el lejano periodo del Paleolítico Superior hasta hoy mismo, aliado a veces a diversas formas de pensamiento mágico o religioso, pero también hoy, el arte resulta imprescindible. Es una sombra que habla mucho sobre nosotros mismos a través de algo tan maravilloso que es el aparecer, la apariencia y que nos enriquece no solo informándonos sobre qué es lo real sino informando de quiénes somos y que podemos hacer. En ese sentido, creo que no está mal cobijarse a la sombra del arte.

Muchas gracias.